

§ II. Primera invasion. — 31 de Marzo. — Caída del emperador. — Tratado de Fuentenebló. — Napoleon se retira á la isla de Elba.

Napoleon volvió á Paris á reclamar nuevos recursos y nuevos sacrificios. El senado le dió cuanto pedia; pero la opinion pública se declaraba contra él, y se empezaba á decir en alta voz que habia arrastrado á la Francia á su ruina.

19 de
Diciembre.

Sin embargo acababa de convocar al cuerpo legislativo para que sancionase las resoluciones del senado, y este cuerpo, despues de haber obedecido á todas las voluntades del emperador omnipotente, se resistió al emperador desgraciado. Cobardes legisladores diéron gritos de paz, y reveláron entre nosotros que habia síntomas de desunion, y desde entónces las proclamas

de los aliados no tuviéron otro objeto que acrecentarlos. No era la Francia la que venian á combatir, era Napoleon, y no invadiéron nuestro territorio sino para conquistar la paz. Napoleon, irritado de una oposicion que no tenia otro objeto que comprometer el suceso de nuestras armas, suspendió el cuerpo legislativo, y anunció él mismo este golpe de estado á los representantes en algunas frases refrenadas, en donde manifestó igualmente cólera contra sus intrigas y contra las ideas liberales. La Francia no tomó interes alguno por diputados que no habia nombrado; su oposicion no hizo prosélitos, y pareció ser de un fatal presagio, porque en el cuerpo de donde salia habia tan poco valor y tanto envilecimiento, que solo anunciaba el convencimiento de la pró-

xima caída del hombre hasta entonces incensado.

Se abrió el año de 1814 bajo estos fatales auspicios. Los aliados habían conquistado la Holanda y pasado el Rone, bajo el mando del alemán Schwartzberg, su generalísimo; y la Suiza olvidando su neutralidad, dió paso á una parte de su ejército. Por otro lado Wellington había tomado á Andaya, pasado Bayona y adelantado hasta Tolosa. Todas las guarniciones que habían quedado en Alemania, fueron reducidas á capitular, y por todas partes sus generosos gefes, resueltos á morir antes que rendirse, no abrieron las puertas sino con la condicion de volver á entrar en Francia con sus armas y sus soldados; pero los vencedores, violando las capitulaciones, los retuvieron prisioneros

á todos. Por colmo de desgracias, Murat, olvidando lo que debía á la Francia y á su cuñado, se unió á los aliados, y les aseguró la conquista de Italia, limitándose la guerra á la defensa de Paris.

En este tiempo de deserciones y de cobardes resistencias á un poder destruido, Carnot dió un bello ejemplo de patriotismo y de generosidad. Se había retirado de los negocios desde que Bonaparte se había sentado sobre el trono, y ofreció sus servicios al hombre con quien se había desdeñado dividir su prosperidad, y fué á defender la plaza de Ambéres. Desgraciadamente Carnot no tuvo imitadores; ninguno de los antiguos enemigos del emperador ofreció reconciliarse con él, y muchos de sus viejos amigos le abandonaron. Sin em-

bargo se formó un congreso en Mannheim, en el que los soberanos reunidos ofrecieron á Napoleon los antiguos límites de la Francia republicana, hasta el Rone y los Alpes; pero no aceptó. Quiso mas tarde admitir estas proposiciones, y los aliados, ciertos ya de que su invasion de Francia les prometia mayores ventajas, se negaron á su turno.

Napoleon, dejando á María-Luisa y al rey de Roma bajo la proteccion de la guardia nacional, dejó á Paris para oponerse á los aliados. Al mismo tiempo concluyó un tratado con Fernando VII por el que le dió la libertad, con la condicion de arrojar á los Ingleses de la península; pero este príncipe no cumplió su palabra, ni hizo nada para suspender las hostilidades, y solo vol-

vió á Madrid á restablecer el poder absoluto, y precipitar en las mazmorras y los cadalsos los defensores de su trono.

El emperador en la campaña de Francia desplegó una grande habilidad, y un valor verdaderamente heroico; pero tenia que luchar con fuerzas cuádruplas de las suyas; aunque ganase batallas, la masa de los enemigos era siempre abrumadora, y sus progresos reales. Montmirail, Montereau, Troyes y Brienne, fuéron los teatros de memorables combates, en los que tuvo el ejército frances todo el honor. La victoria coronaba aun las águilas á presencia de Napoleon, y por otra parte sus tenientes eran despedazados por el número, ó sus agentes le vendian. Augereau abandonó Leon á los

12 de
Marzo.

Austriacos, y Lynch, corregidor de Burdeos, abrió á los Ingleses las puertas de esta ciudad.

Los partidarios de la antigua dinastía empezaron en algunos países á levantar la voz. El duque de Angulema fué acogido en Burdeos con testimonios de alegría, y el conde de Artois entró en Vesoul. Se publicaron en Troyes proclamas de Luis XVIII. El gobierno imperial se esforzaba en vano en ocultar estas antiguas pretensiones; fuéron conocidas en Paris mismo, en donde reanimáron antiguas esperanzas amortiguadas, asombrando á la gran masa de la poblacion, y sobretodo á los hijos de la revolucion, para quienes el reinado de los Borbones no era ya sino un recuerdo histórico.

Un nuevo congreso se reunió en

Catillon del Sena; pero la mala fe presidió en sus deliberaciones. La Inglaterra y la Prusia estaban resueltas á desechar la dinastía imperial; la Rusia vacilaba, y la Austria sostenia débilmente un trono donde estaba sentada una de sus archiduquesas.

Sin embargo la guerra continuaba; nuestras campañas asoladas hicieron conocer la brutalidad de los bárbaros del Norte, y no obstante algunos Franceses, indignos de este nombre, los llamaban nuestros amigos. Los habitantes de Paris tuvieron inmediatamente que temer un ataque, y se prepararon á la resistencia; pero en el momento del peligro, el consejo de regencia tuvo la cobardía de abandonarlos, y arrastrar á María-Luisa al otro lado del Loira. José Bonaparte, pronto á

27 de
Marzo.

huir, hizo fijar una proclama en la que prometia á los habitantes de la capital quedar en medio de ellos. Los jóvenes Parisienses, y sobretodo la escuela politécnica, semillero ordinario de bravos, corrieron al frente del enemigo. Los cerros de San Chaumont y Montmartre fuéron puestos en estado de defensa, y en dos dias fuéron inexpugnables. El mariscal Mortier era de parecer que era preciso morir antes que rendirse, y un mensaje de Napoleon vino á afirmar su resolucion, anunciándole la próxima llegada del gran capitán; pero su sacrificio fué inútil, pues Marmont acababa de concluir una convencion con los aliados, y entregarles á Paris.

30 de
Marzo.

31 de
Marzo.

El dia siguiente doscientos mil hombres, á cuya cabeza venian Alejandro

y Federico-Guillermo, hicieron su entrada en la capital, y se distribuyó con profusion una proclama del príncipe Schwartzenberg, que prometia paz y libertad á la Francia si desechaba á Bonaparte. Algunos hombres recorrian las calles tremolando banderas blancas; gritos de *viva el rey!* se repitieron, y se vió la escarapela blanca en algunos sombreros. El pueblo consternado no salió de la inercia que manifestaba hacia veinte años, y el luto de este dia fué interrumpido por transportes de alegría que pusieron el colmo á la afliccion de los patriotas. A los gritos de *viva el rey!* *vivan los Borbones!* se mezclaron los de *viva el rey de Prusia!* *viva Alejandro!* *vivan los aliados!* y un gran número de mugeres saludó con alegría á los enemi-

gos de la patria. El cuerpo municipal, en una representacion redactada por Bellart, propuso la vuelta de Luis XVIII. Los soberanos convocaron el senado para deliberar de la suerte futura de la Francia; su deseo pareció ser en favor de los Borbones; el senado se inclinó, pidió á Luis XVIII, y pronunció la proscripcion de Napoleon; pero á fin de conservar sus puestos los miembros de este cuerpo servil quisieron tratar con el nuevo monarca, y presentar una constitucion para que la aceptase. Talleyrand, á cuya casa habia venido á alojarse el emperador de Rusia, era omnipotente en el senado, y se le nombró presidente de un gobierno provisorio, del que fueron miembros Alberg, Beurnonville, Jaucourt y Montesquiou. Desde entónces quedó con-

sumada la caída de Napoleon; las autoridades, segun el orden de su gerarquía, suscribiéron, y la guardia nacional, sobre la orden expresa de sus gefes, mudó la escarapela tricolor con la blanca.

No obstante, Napoleon habiendo llegado á Fuentenebló, se preparaba á un vigoroso ataque; pero sus mariscales le abandonaron; tenian, dijeron, necesidad de reposo, y por otra parte la fortuna habia mudado de puesto. Tan sin pudor como sin vergüenza, le intimaron que abdicase; vió su ingratitud con dignidad, y sin dejarles entrever el desprecio que merecian, consintió en renunciar el trono en favor de su hijo. Los aliados, asustados aun del genio de Bonaparte, no hubieran exigido mas, atendiendo á que lances

imprevistos podían despertar un espíritu nacional: una gran batalla acababa de darse por el mariscal Soutt en las murallas de Tolosa, y había hecho dudar de los talentos y fortuna de Wellington; en fin titubeaban, pero la deserción de un mariscal y la sumisión del 6º cuerpo los animaron, y resolvieron la exaltación de los Borbones.

11 de
Abril.

Napoleon, instruido de este nuevo reves, hizo al fin dimision de su poder, y la isla de Elba, cuya soberania se le aseguró, le fué señalada para su retiro. Despues de tiernas despedidas á sus viejos compañeros de gloria, se separó escoltado de comisarios de todas las potencias de Europa. Mientras hizo su camino, tuvo que sufrir las injurias del mariscal Augereau, y en el Mediodia, cuyo populacho se había

20 de
Abril.

desencadenado, corrió riesgo su vida; sin embargo, la fidelidad de algunos de sus guerreros, dulcificó la amargura de su corazon. Los generales Bertrand, Drouot y Cambronne quisieron tener parte en su destierro, y le siguieron, asi como tambien algunos viejos granaderos y Polacos, falange escogida que había con él plantado el estandarte tricolor sobre todas las capitales de Europa.

§ III. Ultimas reflexiones sobre el gobierno imperial. — Vuelta de los Borbones. — Carta. — Sintomas de descontento.

- Bonaparte, de extensísimo genio por naturaleza y de carácter emprendedor, debía crear grandes cosas, y era capaz de todo género de ambicion. Rodeado de republicanos virtuosos, acaso